

# EL MITIN EN EL TEATRO

Para las cuatro de la tarde estaba anunciado el mitin y desde las tres era imposible atravesar la Rúa Nueva por la parte en que aquel edificio se halla situado.

Era grande la expectación y el deseo que había de escuchar al ilustre Presidente del Senado.

El teatro estaba severamente exornado, cubriendo la delantera de los palcos principales colgaduras de terciopelo galoneado de oro. Del techo pendían cuatro potentes focos de luz eléctrica.

En el fondo del escenario habíase colocado bajo un dosel el retrato de S. M. el Rey siendo aquel el sitio designado para la presidencia.

El teatro estaba de bote en bote. A diferencia de los mitines que aquí tuvieron lugar en el pasado año y en los que hicieron uso de la palabra los Sres. Mella y Nocedal, no asistieron señoras.

Ocupaba la presidencia el Excmo. señor don Eugenio Montero Ríos que tenía a su derecha a los Sres. D. Felipe Romero Donallo, D. Manuel García Prieto, D. Dositeo Neira Gayoso, D. Eugenio Montero Villegas, D. Eduardo Cea Naharro y D. José Boente. A la izquierda don Benito Hermida, don Eduardo Vincenti, D. Juan Fernández Latorre, D. Avelino Montero Villegas, D. Pedro Pais y D. José Ramos.

Las mesas laterales las ocupan los exdiputados Sres. D. Alvaro López Mora, D. Casimiro Pérez y D. Eduardo Méndez Brandón; los diputados provinciales D. José Vázquez Otero, don Marcelino Dafonte, D. Federico Maciñeira, D. Modesto Varela, el diputado electo D. Francisco Roura; los también-diputados electos de la provincia de Lugo, Sres. Cora y Guerra; los exdiputados provinciales Sres. Llamas, Solanzo y Ruza, los alcaldes de Pontevedra, Vigo, Carril y Mondoñedo, el exalcalde de Lugo señor Rúa, el de Orense señor Meruédano, los representantes del Círculo Liberal de esta ciudad, D. Luis Pérez Colemán, don Eladio Vázquez Quiroga y D. Teodoro Colmenero y D. Vicente Romero en representación de *El Miño*.

Asimismo ocupaban lugares en las mesas laterales los señores que forman el comité local monerista.

A las 4 y 20 se declara abierto el acto. Después de dar lectura el Sr. D. Casimiro Torre a las adhesiones de varios pueblos, y los ex-ministros liberales que aceptan la jefatura del señor Montero, hizo uso de la palabra el

## Sr. Torre (D. Lino)

«No pretendo hacer una presentación —comenzó— del ilustre Presidente del Senado; incurriría, si tal pretendiese, en tres graves faltas de las que no sería la menor una contra el buen sentido pues si alguien necesita presentación en este lugar soy yo y no el eximio hijo de Galicia.»

Dijo que allí estaban congregados los amigos del Sr. Montero venidos expresamente de varios pueblos; que a ellos se unían los de Santiago y en tal concepto habla aunque él sea el último de ellos. «Para hacer la presentación se precisa solamente entusiasmo, adhesión y cariño al Sr. Montero y en eso nadie me gana y reclamo por ello el lugar de preferencia.» (*Grandes aplausos*).

Después de brillantes períodos en que se refirió a la elevación de tres pedestales con atributos de la ciencia, la justicia y la gratitud coronado este último por el escudo del pueblo, dijo que serían muchos los pueblos que envidiarán la suerte de Santiago.

Seguidamente en calurosos párrafos dijo: «La indiscutible jefatura del señor Montero parece brotar de un modo espontáneo.» (*Aplausos*).

«Antes de terminar —añadió— recogeré lo dicho ayer por el Sr. Montero de que las jefaturas surgen, no se imponen; con la historia limpia del presidente del Senado, decidme ¿es Montero el jefe indiscutible del partido liberal? A lo que el público contestó: ¡Sí!»

«¿Puede darse mejor nombramiento? —añadió—

«¡No! —contestó el público. Viva el jefe del Partido liberal! —terminó el Sr. Torre, lo cual fué contestado con una ovación inmensa.

Concedió el presidente la palabra al registrador de la Propiedad de Celanova,

## Señor Lezón

el cual dijo que el Sr. Montero tiene derecho a la gratitud de Galicia.

Refirióse luego incidentalmente al tratado de París citando las palabras del presidente de la comisión Norteamericana: «Con hombres como Montero España será inmortal».

Dijo después que el programa de Montero encarna las aspiraciones del país, es la tabla salvadora de España. (*Aplausos*).

Analiza y ensalza el Programa; indica soluciones a la cuestión social y termina diciendo que sobre la obra de Montero caerá la bendición de Dios y los aplausos de la historia. (*Aplausos*).

Habla seguidamente, el presidente de la Diputación de Orense,

## D. José Ramos

«Este acto —empezó— no tiene tanta importancia, con ser mucha, por el homenaje a la persona, como por el que a las ideas se dedica.»

Hizo un encomiástico resumen de la obra política del Sr. Montero la cual —dijo— le impone el deber de que presida el gobierno destinado a regir los destinos de la patria. (*Aplausos*).

«Yo tengo la seguridad de que el señor Montero ha de resolver la cuestión religiosa sin molestar las conciencias timoratas.» (*Aplausos*).

Dice que los demás problemas de resolución urgente y necesaria para la regeneración de la Patria, ha de solucionarlos el Sr. Montero con su privilegiado talento, único factor que lo eleva al encumbrado puesto que en la nación ocupa. (*Aplausos*).

Dedicó un recuerdo al diputado por Orense don Vicente Pérez.

Terminó diciendo que el Sr. Montero Ríos llevará a cabo la salvación de la Patria. (*Aplausos*).

Habla después el presidente de la Diputación provincial de Pontevedra,

## Sr. Boente

«Ante público tan numeroso y escogido como el compostelano y con presidencia tan ilustre, siéntome cohibido y emocionado; pero obligame la representación que obsto de los liberales de Pontevedra a hablaros en su nombre siquiera sea yo el último de aquellos a quienes represento.»

Ensalza la obra del partido liberal y dedica un recuerdo a la memoria del señor Sagasta, acogido con aplausos por la concurrencia.

«Nadie como el Sr. Montero —dice— tiene títulos para dar efectividad al programa. Con un Monarca joven como Alfonso XIII en quien tiene puestas sus esperanzas la nación y un pueblo anhélante de regeneración, sólo falta que los liberales se unan bajo el programa del Sr. Montero Ríos para conseguir la rehabilitación y prosperidad de nuestra Patria! ¡Que esto se realice es el deseo de los liberales de Pontevedra!» (*Aplausos*).

Concede el presidente la palabra al señor.

## D. Dositeo Neira

Antes de dar comienzo, da lectura a gran número de adhesiones de la provincia de Lugo diciendo que no había dado cuenta de ellas en el banquete de ayer por ser aquel acto de carácter popular y no político.

Empieza su discurso saludando al pueblo compostelano y a la Universidad donde hizo sus primeros estudios.

«Dice un refrán —prosigue— que el que da primero da dos veces; pero cuando los que dan primero son oradores tan elocuentes como los que me precedieron en el uso de la palabra, no es dar una vez sino cien.»

Dice que los representantes de Lugo no vienen a pedir patentes de corso para ejercer el caciquismo, lo cual, si posible fuera, no lo permitiría el señor Montero, sino a rendir homenaje a la persona e ideas del Presidente del Senado.

«Por todas partes y en todos los programas —termina— se habla de la regeneración de la patria; Lugo confía en que el Sr. Montero Ríos será el que lleve a la práctica tan anhelada mejora.»

Concede el Sr. Montero la palabra al Diputado por Ortigueira,

## Sr. F. Latorre

Dió comienzo a su discurso, diciendo que va a ser breve para satisfacer la impaciencia de los presentes ansiosos por escuchar al Sr. Montero.

«Congregámonos aquí —dice— los representantes de todas las provincias de Galicia, no parcialmente sino unificando todas las aspiraciones; no como representantes de la Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra, sino como gallegos.»

«¿Quién en Galicia —continúa— no se considera hijo de Santiago, cuna del saber y centro intelectual de la región en donde todos hemos fortalecido nuestro espíritu con el alimento regenerador de la ciencia?»

Después de decir que en Santiago todo es obra del Sr. Montero, añade que se deben volver los ojos a la juventud pues ella será la encargada de regenerar la Patria. «Yo saludo —dice— a la juventud pero a la juventud liberal y democrática.» (*Aplausos*).

«Decía ayer el Sr. Montero Ríos que el jefe del partido liberal será aquel que en un momento dado sea elegido por las circunstancias; yo creo que estas indicaciones a él pues el pueblo, árbitro supremo, lo designa a él con unanimidad elocuente.»

Después de dedicar un sentido recuerdo al señor Sagasta, añade: «Sagasta era el jefe que conducía al combate; la esencia, el verbo, la idea, era Montero.» (*Grandes aplausos*).

«Por eso, comprendiéndolo así el Sr. Sagasta, encargó, al notar la necesidad de un nuevo programa en consonancia con los tiempos presentes, su concepción al señor Montero Ríos.»

Cita el tratado de París considerado por algunos como vergonzoso sin razón alguna para ello. «Francia fué, por su culpa, a la guerra con Prusia; nosotros fuimos forzados por las intemperancias de una nación poderosa. Después de la derrota de Sedán un francés ilustre fué por Europa mendigando piedad para su patria y tuvo que firmar un tratado por el que se despojaba de parte de su territorio a la nación francesa y esta, al poco, elevó a Thiers a la presidencia de la República desde cuyo puesto contribuyó a la rehabilitación de su patria.»

Montero Ríos sacrificóse por su nación firmando con lágrimas en los ojos, el tratado de París no vergonzoso sino honrosísimo después de los desastres sufridos.» (*Grandes aplausos*).

## El señor Montero Ríos

Al levantarse el ilustre hijo de Santiago pónense en pie los concurrentes y sueñan estruendosos aplausos.

He aquí el discurso tomado taquígraficamente:

Cuanto siento queridos amigos y paisanos el aplauso que acabáis de dirigir, porque no lo merezco y a ese aplauso va a seguir una terrible decepción.

No me he preciado en mi larga vida de tener dotes de orador, pues la he consagrado a pensar más que a hablar y aun las escasísimas con que la naturaleza me ha dotado las ha debilitado el tiempo y sobre todo se han extinguido bajo la pesadumbre de esta manifestación tan espontánea y tan general de los sentimientos de un pueblo que vale más que todas las tesoros de la tierra, que todas las grandezas del mundo, pues lo que más puede enaltecer al hombre es el respeto, la consideración y el amor de sus semejantes.

Pero desordenadamente, como mi cabeza en estos momentos lo permita, como mi corazón emocionado lo consienta, os habré de decir algo ya que a eso me fuerzan las circunstancias de este instante.

Ante todo, mi saludo cariñoso y paternal, pues, desgraciadamente, el tiempo no me permite decir mi saludo fraternal, a esta juventud que viene en pos de nosotros los viejos y que está llamada a dirigir los destinos de su patria y a trabajar por su grandeza, por su cultura, para elevarla, ¡hasta dónde diré yo!, hasta los pies del Eterno. Los sentimientos del patriotismo no tienen límites. Es nuestra Patria, como es la Humanidad, un gigante que crece y crece siempre hasta llegar con su cabeza a besar los pies del Supremo Hacedor.

Yo saludo y envío mi paternal cariño así a los que piensan como yo como a los que piensan de otro modo, porque todos contribuyen a la obra común. La verdad no sale sino del choque de las ideas, de la discusión y el ambiente en que la discusión puede vivir es la libertad.

Se equivocan queridos amigos míos, permitidme que os lo llame aunque sea de una fecha posterior a la mía; aquellos que más abomináis de la libertad y del progreso modernos sois los que más la necesitáis para defender vuestras convicciones; y no os dáis cuenta de que al hacerlo contribuis al desarrollo de las nuestras.

Cuando la verdad lucha en palenque abierto con el error, la verdad lleva una gran ventaja, la de que es la verdad, lo mismo que la justicia en caso análogo, lleva una gran ventaja contra la ilegalidad. Por esta razón soy democrata y soy liberal porque soy justo; y si no lo soy aspiro a serlo. ¡Liberal! ¿Y cómo hemos de dejar de serlo? Me dirijo a vosotros a quienes el nombre liberal infunde hasta cierto espanto, ¿cómo hemos de dejar de serlo si hemos de ser seres semejantes? Pues que, ¿concebís vosotros la responsabilidad de los actos humanos si no se ejecutan al amparo de la libertad? ¿qué responsabilidad puede tener el esclavo que obra bajo el imperio de una voluntad ajena? Seguid pues inspirando vuestra conciencia en el estudio y en el amor inagotable hacia vuestra patria. Llevad la dirección que vuestra inteligencia os marque, y contribuíd a la obra del progreso y engrandecimiento de nuestra querida España. Esas pasiones de partido van ya amortiguándose por fortuna, lo que es preciso que no se apague, es la convicción de la conciencia propia.

Confieso que mi querido amigo el Sr. Fernández Latorre me ha herido en la parte más sensible de mi alma. He cometido grandes errores en la vida; he incurrido en grandes faltas, pero creo que nunca he pecado infringiendo deberes de patriotismo. He consagrado mi vida al trabajo incansante; no se si he hecho algo digno de aprobación; lo entrego a las disputas de los hombres, pero de lo que me enorgullezco, y entiendo que ha de ser un título legítimo para que mis hijos se enorgullezcan también, es de haber ido a París a representar a mi querida Patria que se hallaba sumida en la amargura a hacer míos sus dolores y a salvar de aquel naufragio los restos que me fuera posible con mi entusiasmo, con mi voluntad y con mi decisión.

Yo no había sido partidario de la guerra, ¿por qué no habré de decirlo? Yo había sido partidario de la autonomía de nuestras colonias; yo entendía que nosotros, venciendo los estímulos de la dignidad y del amor propio, debíamos anticiparnos a declarar la libertad de Cuba. Lo hice constar así; pero confieso mi falta, no tuve el valor de producir un conflicto al Gobierno, cuando no tenía fe en la eficacia de mis gestiones; fué partidario de la paz y desde el primero de nuestros desastres en medio de esta falta común de que yo participo y de que me declaro culpable, era el menos responsable de aquella política, y, sin embargo, fué a sufrir sus consecuencias a París. Sobre ese tratado que se califica de vergonzoso, ya vendrá la Historia a dictar su supremo fallo. Ya lo examinará la ciencia y tengo por seguro que de todos los tratados celebrados por una Nación vencida el menos oneroso es el celebrado en París en 1898. Estados muchos más grandes y poderosos que el nuestro han tenido que pasar por humillaciones mayores.

La Gran Bretaña tuvo que pasar por el tratado de 1783 en que se la obligó a reconocer expresamente la soberanía e independencia de sus colonias sublevadas.

Nosotros no hemos llegado a tanto, pues siquiera el desoro quedó a salvo, limitándonos a renunciar nuestra soberanía en Cuba; hemos salvado los intereses de nuestros nacionales, que quedaron con el mismo derecho que hasta entonces habían tenido para residir en aquel territorio que dejaba de ser español, para conservar sus propiedades para poder enagenarlos y para ejercer todos los oficios de la vida social. Los ingleses después de 1783 no pudieron hacer eso, puesto que les confiscaron sus bienes y les obligaron

a emigrar. Nosotros, caso raro en los conflictos del siglo XIX no hemos tenido que pagar ninguna contribución de guerra; sin embargo de que estuvimos amenazados con una de 250 millones de dollars.

Ese es el tratado que tan ligeramente se califica de tratado vergonzoso.

Pero en fin, de aquellas terribles y sangrientas lecciones surgen grandes enseñanzas de que nosotros debemos aprovecharnos y sobre todo la generación que viene después de nosotros. La verdad es, queridos amigos y paisanos que nuestra historia no dice que España haya sido una nación aficionada a conquistar y a confiscar la libertad de los demás; nosotros hemos sabido siempre defender nuestra independencia y nuestra libertad, pero no hemos empleado nuestras energías y nuestra fuerza para atacar la libertad de los demás. Cuando nuestra independencia fué comprometida y perdida en el siglo VIII, nuestros padres durante 700 años derramaron su sangre y comprometieron su vida y la de sus familias hasta recobrar nuestra Patria amada; esa fué la guerra de la reconquista.

Cuando en el siglo XVIII las bayonetas extranjeras intentaron imponer a España una Monarquía que no contaba con sus simpatías, ésta se levantó airada, empuñó el fusil y supo poner fuera de sus fronteras a aquellos que venían a someterla a un régimen que no era de su agrado; la guerra de sucesión.

También nosotros tuvimos grandes pérdidas, pues Gibraltar quedó en poder de los ingleses pero España no consintió que el extranjero la impusiera un Rey que no era acatado de su voluntad soberana.

Cuando en 1808, cansado el gran Emperador de someter a todas las soberanías de Europa en Tilsit, quiso también dominarnos, nosotros los más pequeños de Europa, le hicimos comprender que no hay hombre por grande que sea que pueda ponerse al nivel de la grandeza del pueblo español. Inspirémosnos en esa tradición defendamos nuestra honra; somos un factor muy importante en la política universal, pero es necesario que nos preparemos para la defensa; defendamos nuestro territorio y si el enemigo intentase quitárnoslo, que se encuentre con la boca de nuestros cañones.

Por lo demás, nuestras energías deben consagrarse no diré yo a la reconstitución, pero sí al desarrollo y progreso de los elementos de riqueza que en el orden así económico como intelectual y moral existen en nuestro país y que hasta ahora han sido poco aprovechados.

Yo, señores, no he de decir nada en nombre propio; no tengo absolutamente ideas que me sean peculiares; las únicas que profeso son las del partido liberal en que milito y esas ideas las profesamos todos los liberales que vivimos en España. Ese programa, que supongo todos conocéis, no es patrimonio mío, es del partido liberal; en él están condensadas las aspiraciones de todos los liberales. Así pensaba nuestro ilustre e inolvidable jefe, el Sr. Sagasta; así piensan todos los políticos eminentes que figuran en las primeras líneas del partido liberal, según lo han demostrado a la faz del país; así pienso yo y así tengo la seguridad que piensan todos los liberales que me escuchan. Y, precisamente, este programa del partido liberal en ninguna parte, en ninguna población puede comprenderse mejor que en la ciudad compostelana. Aquí está simbolizada en la gran Plaza que se llama del Hospital, cercada por cuatro grandes monumentos; el uno consagrado a Dios; las agujas de sus torres por entre las espesas nubes que cierran la atmósfera se elevan a las serenas regiones del cielo, de la misma manera que nuestra conciencia y nuestras ideas, a través de las espesas nubes que forman las pasiones en las borrascas de la vida, se elevan serenas hacia Dios con la más pura de las aspiraciones. De frente, ese magnífico edificio, el Consistorio, obra no oficial del Estado, sino producto de la iniciativa del individuo, puesto que su constructor si bien era Arzobispo, no lo edificó en el desempeño de sus sagradas funciones, y ese monumento que sirve hoy de palacio, a la administración del pueblo es el símbolo de la administración del partido liberal que quiere

que los intereses se administren de una manera tan pura que den por resultado monumentos semejantes.

A la derecha, veis también la obra levantada por la piedad de los Reyes Católicos: una obra de amor en que está simbolizada la fraternidad humana, la solidaridad de todos los individuos y el deber que tenemos de auxiliarnos; ese Gran Hospital representa la solicitud del partido liberal hacia las clases desheredadas en nuestro tiempo. Enfrente existe otra obra levantada también por la iniciativa del individuo, el Colegio de San Jerónimo, después facultad de medicina, esto es la enseñanza en su primer grado, y detrás de ella la enseñanza científica con sus grandes conceptos.

Aquí está simbolizado el partido liberal cuyas aspiraciones consisten en levantar el nivel de las clases pobres para que los ciudadanos que las constituyen puedan ser ciudadanos verdaderamente responsables.

Nos calumnia quien crea que queremos abrir un abismo entre los intereses de la tierra y las sagradas aspiraciones del espíritu; nada de eso; nosotros deseamos que la conciencia humana libre de las trabas que el Estado pueda imponerla, aunque sometida a su autoridad, en el orden religioso establecido por Dios, tenga completa y libre expansión; no creemos que es verdadero liberal el que quiere sólo la libertad propia sino el que ama y respeta la libertad de los demás; y porque deseamos que todos contribuyan a la obra común, nuestro primer deber es darles los elementos para que sus gestiones puedan ser provechosas en el presente y en el porvenir para la sociedad española. Hubo tiempos en que los liberales eran conocidos como mata curas ó come frailes; el partido liberal fué en efecto enemigo del clero secular y regular que pertenecía al antiguo régimen, pero no por ser clero, no por ser ministros del Señor, sino por constituir una clase privilegiada de la misma manera que lo fué de otros que también lo eran.

Desde el momento en que han desaparecido esos privilegios, desde el momento en que vemos en el clérigo ó

en el fraile al ministro del Señor, aquellos sentimientos, desaparecen. Nosotros somos enemigos del catolicismo político, pero no del catolicismo religioso; quien nos impute otra cosa nos calumnia.

El partido liberal no aspira á entrar en la esfera religiosa, esa corresponde á la Iglesia exclusivamente, no quiere colocarse en situación de hostilidad con las instituciones religiosas, quiere estar con ellas en cariñosa fraternidad pero como dos hermanos emancipados del padre común, cada uno de ellos movido por los estímulos de su corazón y de su propia conciencia no por una autoridad superior á ellos; nosotros no aspiramos a lo que se llama separación de la Iglesia y del Estado, queremos una independencia armónica sobre la base de la libertad común.

En cuanto á las aspiraciones que tiene el partido liberal respecto al orden social ya lo habeis leído en su programa; todo aquello, absolutamente todo lo que sea compatible con el respeto que se debe al derecho sagrado de los demás, entiende el partido liberal que debe hacer el Estado en pro de las clases desheredadas.

Debemos, pues, consagrarnos á su educación, á su instrucción á elevar su nivel intelectual y á mejorar su situación económica, reconociendo bien las necesidades de la nueva vida. No podemos ni debemos porque el respeto ajeno nos lo veda, llegar á donde piensan aquellos que con el mejor deseo y buena intención, no hacen mas que exacerbar al proletariado. Nosotros no podemos atacar la propiedad individual, que es sagrada en defensa de la propiedad del proletario, porque al pasar esa propiedad á ellos pedirían que fuese respetado, no teniendo derecho á hacerlo por no haberle reconocido el día anterior.

Franquear los caminos á todos para que puedan llegar á ser propietarios, contribuir también por los medios lícitos á que su trabajo sea dignamente recompensado, y esto sin emplear violencia que á nada ventajoso puede conducir, es otra de las aspiraciones del partido liberal.

Precisamente vivimos en un país que puede ofrecer grandes ejemplos. Hoy en Europa lo que preocupa más á la clase proletaria es la cuestión del salariado; la aspiración es participar de los beneficios de la industria y asociarse con el capital á fin de disfrutar de las ganancias obtenidas. En Galicia tenemos en los campos el contrato de parcería; el obrero gallego participa de los beneficios del capital y toma parte también con el dueño en sus ventajas y en sus accidentes; cuando la cosecha es abundante disfruta como el propietario de los beneficios, y cuando es pequeña también le alcanza el daño. Abriremos los caminos de la vida á todos los proletarios y á las clases desheredadas en virtud de un derecho que les asiste, pero no necesitamos para ello lastimar ningún derecho que corresponda á los demás miembros de la sociedad en que vivimos, pues ese mismo proletario en cuyo beneficio sacrificáramos ese derecho, después de haberlo obtenido, de seguro que serían los primeros en reclamar su permanencia é inviolabilidad.

En fin señores hay una condición política que nos mueve á no escatimar en este punto esfuerzos de ningún género. Los amigos como los adversarios del principio tienen que someterse á él; el sufragio universal se impone en la vida moderna, no hay más remedio que admitirlo que ejercitarlo, que amoldar á él todas las instituciones de la vida social y política. No es esta una idea aventurada. Un hombre eminente el Conde de Montalambert, en el Congreso de Malinas se lo decía á todos los Obispos: hay que admitirlo de buena fe no para falsearlo sino para educarlo, á fin de que produzca todos los beneficios que la razón dice que puede producir, y aún así con el sufragio nunca será la mayoría la que gobierne sino será siempre la minoría pero la minoría ilustrada.

Pero, ¿entendemos nosotros que es un ciudadano consciente de sus deberes y que conoce los intereses de su patria aquél que no sepa más que leer y escribir ó que quizá lo ignore?

¿Es de creer que aquel ciudadano que no tiene la instrucción necesaria para gobernar la pequeña familia á

cuyo frente se encuentra pueda tener la capacidad suficiente para intervenir en la gobernación del Estado? Pues ante la necesidad de que intervenga nosotros debemos darle esa instrucción.

Podrán perecer en una borrasca todas las instituciones del país, pero el sufragio subsistirá; y como es un factor del que podemos responder nuestro deber es organizarle en condiciones de que pueda servir para la prosperidad y grandeza de la Nación española.

La vida moderna ofrece grandes ventajas pero en cambio lleva aparejados también grandes deberes. Nuestros padres gozaban de una tranquilidad que no era ciertamente la bienandanza, pero que se asemejaba mucho á ella. Había otros que les dirigían y ellos se limitaban á obedecer; había otros que les defendían y ellos permanecían quietos en sus casas; pero cuando los que regían no eran buenos gobernantes tampoco había recursos y tenían que sufrir las consecuencias del mal gobierno de los demás.

Ahora queremos gobernarlos á nosotros mismos, tenemos perfecto derecho para ello; pero eso nos impone las cargas consiguientes á los intereses públicos siendo una de ellas la defensa de la patria. Yo comprendo muy bien que es profundamente doloroso para los padres que tienen hijos á los cuales han criado con tanto esmero y cuidado pensar que estos tengan que ser entregados á la vida del cuartel, pero ellos que tienen medios para redimirlos de ese servicio les bastará pensar con la mano puesta en su conciencia que el padre que carece de recursos para hacerlo y que le querrá tanto como él al suyo, que esa pobre madre que cifra su orgullo en el ser á que ha dado la vida, no querrán tampoco verlos sujetos á esa vida.

El cuartel es una gran escuela de disciplina y de obediencia, y el partido liberal aspira al servicio y á la instrucción militar obligatorios. No necesita ciertamente la Nación Española ponerse en armas; le basta la fuerza pública, hoy por hoy, para la conservación del orden interior; pero tiene el deber de estar preparada para las

contingencias que en el porvenir puedan surgir y se prepara enseñando el servicio de las armas á todos los ciudadanos para que en un momento dado puedan defenderla; de suerte que, el partido liberal, es partidario, primero, de la instrucción militar obligatoria; segundo, del servicio militar obligatorio, cuando las circunstancias lo demanden. No todo han de ser satisfacciones en la esfera de la libertad y del progreso; la vida tiene sus amarguras: es un camino muy difícil de recorrer y es preciso vencer grandes dificultades para llegar al templo de la felicidad y de la gloria.

En este deshilvanamiento de ideas á que no pueden menos de llevarme las circunstancias, nada he indicado respecto á lo que dije ayer, pero me permitiréis que ahora lo haga. Yo no considero la reunión de esta tarde sólo como la reunión de correligionarios de Galicia, sin fin ninguno personal, sin aspiraciones de proclamar jefe de ninguna especie, no ya del partido liberal español, que para eso los liberales gallegos no tendrían atribuciones, ni aun del partido liberal gallego. El jefe será aquél que cuando llegue el momento esté indicado por las circunstancias que le rodeen para ser un ejecutor más fiel, más leal y más inteligente de ese programa que es común á todos.

Y antes de sentarme, me permitiréis que os proponga á los amigos y correligionarios que por amor y por deber de patriotismo estais presentes, que respondáis á mis vivas. ¡Viva España! ¡Viva la libertad! ¡Viva la democracia! ¡Viva S. M. el Rey! ¡Viva su Augusta madre que ha sabido educarle! (Los vivas fueron contestados con entusiasmo, terminando el acto con muridos y calurosos aplausos.)

